

laicos. Estas relaciones tuvieron, por lo demás, su lado interesado y vergonzoso, y el mismo Erasmo en uno de sus escritos con franqueza cínica se lamenta de su suerte, que le obligaba a ser importuno. El hecho es que con sus cartas aduladoras y sus dedicatorias se formó una renta inagotable, y para esto le costó muy poco asegurar por ejemplo a Leon X que tan elevado estaba el Papa sobre la masa de los hombres como estos sobre los irracionales. Hay, sin embargo, que añadir que con semejantes adulaciones no aspiraba únicamente a sacar dinero y objetos de valor, sino también a un aumento de su influencia. En esta posición, honrado y venerado por toda la Europa ilustrada, protegido por los potentados, fuera del alcance de los ataques de los teólogos, ataques que rechazaron entusiasmados sus amigos los humanistas y condenaron indignadas la corte inglesa y la curia romana, bien podía creerse Erasmo una potencia y pensar que el porvenir y hasta lo presente pertenecía a la teología verdadera representada por él.

El entusiasmo con que trabajó sin descanso en la realización de esta su idea favorita, es la mejor prueba de que Erasmo no mereció la acusación de ser un egoísta frío y calculador. El Renacimiento se había propuesto volver a las fuentes originales, a la verdad sencilla, y lo primero que había de hacerse era naturalmente desenterrar y limpiar el manantial de la fe cristiana, misión que desde 1502 había tomado a su cargo de la manera más elevada el cardenal Jimenez de Cisneros. El resultado de esta misión fue la Biblia políglota de Alcalá, que contiene la Vulgata y el texto original en las lenguas respectivas. Esta obra, concluida e impresa en 1517, no fue dada al público español sino en 1520 y en el extranjero en 1522. Entretanto Erasmo había publicado en 1516, en Basilea, el Nuevo Testamento, en griego con la traducción latina, cuyas discrepancias de la Vulgata espeluznaron a los frailes ignorantes y excitaron la crítica severa de teólogos católicos rígidos. Pero ya había sido dedicada al papa Leon la primera edición, y la segunda, hecha en 1519, iba acompañada de un breve pontificio muy lisonjero para Erasmo y certificando su posición ortodoxa. Bajo estos auspicios avanzó la obra reformista de Erasmo sin detenerse. Pocos meses después de la publicación citada, dió a luz las obras de San Jerónimo, en nueve tomos en folio, como principio de una colección de Padres de la Iglesia, siguiendo sucesivamente las obras de los santos Cipriano, Arnobio, Hilario, Ireneo, Crisóstomo y Ambrosio, a las cuales se agregaron en 1529 las de San Agustín, y en 1536, en cuyo año murió Erasmo, las de Orígenes. Desde 1517 había ido publicando Erasmo además sus Paráfrasis del Nuevo Testamento, sin exceptuar los Evangelios, que arregladas así al gusto moderno, dedicó a Wolsey, Carlos V, Enrique VIII y Francisco I, y en los intervalos fue publicando continuamente nuevas ediciones del «Puñal del soldado cristiano» y del «Elogio de la Locura», que recibió en vida del autor más de veinte ediciones. Estas obras ligeras contribuyeron al objeto capital del autor tanto como sus publicaciones grandes, testimonios de su vasta y asombrosa erudición. Uno de los biógrafos modernos de Erasmo observa con razón que el «Elogio de la Locura» tiene la misma tendencia bajo una forma diferente que el «Puñal del soldado cristiano», y que las Paráfrasis del Nuevo Testamento no son sino las sátiras de Erasmo puestas en lenguaje serio y grave. Así es que de todas estas obras se puede sacar fácilmente, a pesar de su diferencia aparente, la idea que de la filosofía de Cristo se había formado Erasmo. En su carta a Capiton, fechada en 26 de febrero de 1516, designa como los dos enemigos mortales del cristianismo al paganismo y al judaísmo, bajo cuyo nombre entendió el culto interesado

de los actos religiosos exteriores, la «religiosidad opulenta y gorda» que prevalecía según él en la Iglesia de su tiempo, pero que no atribuye exclusivamente al creciente poder temporal y material de la Iglesia, sino mucho más al aumento extraordinario del material dogmático, que ahoga con sus sofisterías al cristianismo fundamental bajo miríadas de artículos de fe. «La quinta esencia de nuestra religión, dice, es la paz y la unanimidad, las cuales no pueden existir si no reducimos a la última expresión mínima la parte dogmática y no permitimos en muchas cosas que cada uno juzgue por sí.» Entre los puntos que deseaba ver dejados al juicio individual figuraba también el dogma de la Trinidad, lo que le valió la acusación de arrianismo. Respecto del pecado original, de la presencia de Cristo en la Eucaristía y del modo de ser de las penas del infierno no tuvo nunca ideas rigurosamente ortodoxas, bien que se defendió siempre vigorosamente contra todas las acusaciones y dudas en este particular. En su célebre polémica contra Lutero es quizás donde se presentó más sincero, declarando que era tan grande su aversión a dogmatizar, que a no ser por la autoridad de la Sagrada Escritura y los decretos eclesiásticos, preferiría, dice, en todo caso, pasarse a las filas de los escépticos. Por eso observa Drummond que Erasmo sentía la necesidad de una autoridad suprema que juzgara en última instancia, por el temor de que sin ella su inclinación a la crítica y a la negación le llevara paso a paso hasta un extremo desconocido.

Al recomendar, enfrente de las argucias escolásticas, la Biblia como fuente exclusiva de la teología verdadera, quería Erasmo que la sencilla doctrina de Cristo, destinada como la luz del sol, y más que la luz, a todo el mundo, se pusiera también al alcance de todo el mundo, y aboga enérgicamente por la traducción de la Biblia a la lengua del pueblo y por su propagación entre el pueblo sin exceptuar clases ni sexos. Quería que las mujeres leyese los Evangelios y las epístolas de San Pablo lo mismo que los hombres; que el labrador en el campo, el artesano en el taller, el viajero en el camino se entretuviesen en sus ratos de ocio leyendo pasajes y cantos bíblicos. En la advertencia que publicó a la cabeza de su edición del Nuevo Testamento se lamenta, hablando casi como un husita, de que existiesen tantos millares de cristianos instruidos en las ciencias que jamás hubieran leído los escritos de los evangelistas y de los apóstoles.

A pesar de esto, Erasmo conservó siempre una gran independencia de criterio respecto de la Sagrada Escritura, y a cada ocasión expone la opinión de que tomado literalmente el contenido de la Biblia era a menudo ridículo y aun absurdo, y estaba más bien por debajo que por encima del nivel de los mitos de los antiguos. Siguiendo la opinión antigua de la Iglesia, convino en que la alegoría era el medio más a propósito para transformar, como Cristo en las bodas de Canaá, el agua insípida en vino, la letra muerta en espíritu vivo; pero en lugar de servirse de este medio prefirió dejar muchos pasajes oscuros sin entrar a descifrarlos, y hasta dice en alguna parte que es fácil que Cristo en ciertas ocasiones hubiese hablado adrede ininteligiblemente. Su opinión respecto de la inspiración divina de los evangelistas y apóstoles tampoco pareció bien a doctores de la Iglesia como Eck, por ejemplo, porque decía Erasmo que los evangelistas no estaban exentos de errores en puntos secundarios y que el mal griego usado por los apóstoles no era muy digno del Espíritu Santo. No decía esto por mofa, sino como humanista que en cuestiones de letras no respetaba ni se sometía a ninguna otra autoridad fuera de la gramática.

Lo que quería entronizar Erasmo era el cristianismo práctico; por esto dice en el *Enquiridion* ó «Puñal del soldado cristiano»: «Cristo no es un mero nombre, sino el amor, la

sencillez, la paciencia, la pureza; en una palabra, Cristo significa todo cuanto el Salvador nos ha enseñado, y el demonio es todo lo que nos aparta de esto.» Mirado el cristianismo así, podían los humanistas combatir con razón la intrusión de Aristóteles, filósofo pagano, en la teología eclesiástica, y hacer resaltar en cambio la identidad de la moral de los antiguos con la cristiana, identidad que los platonistas florentinos, Cusano y siglos antes Abelardo expresaron en esta forma: «Siempre que encuentres la verdad, en cualquiera parte que sea, considérala como cristiana.» Era cosa usual entre los humanistas hablar de la inspiración divina de Homero, Cicerón y muy particularmente de Platon; humanistas místicos como Reuchlin creyeron encontrar el genio del cristianismo, no ya solo en los escritos de los griegos y romanos ilustres sino mucho antes entre los hebreos, egipcios y brahmanes. No fue tan lejos Erasmo, el cual jamás tuvo entusiasmo ni por el Talmud ni por la Cábala, ni afición a entrar por caminos desconocidos. Sin embargo, expresó mejor que nadie la elevación de la moral de los antiguos y su derecho a figurar dignamente al lado de la cristiana. Esto se observa en gran número de pasajes de sus obras, como aquel en que dice que no podía leer los escritos morales de Cicerón sin besarlos una y otra vez; que las almas de Virgilio y de Horacio le parecían dignas de la eterna gloria y que a veces estaba a punto de orar: *Sancte Socrates, ora pro nobis*. En los «Coloquios», libro destinado a la juventud, y en su edición de las «Cuestiones tusculanas», de Cicerón, dice que se inclina a la opinión de los que quisieran ver a Cicerón en el cielo entre los bienaventurados.

No obstante las invectivas que Erasmo dirige a los frailes, llamándoles bestias, tiranos, abscesos, excrecencias y dándoles otros calificativos por el estilo, al pintar de mano maestra las estupideces y vicios de la gente monástica, jamás ataca al objeto que tuvieron los fundadores de las diferentes órdenes, y en el último coloquio, que lleva por título el nombre de Epicuro, presenta la vida del fraile franciscano creyente, cumplido y de buena fe, como la verdadera bienaventuranza. Sin escrúpulo se sirve Erasmo en este coloquio del pagano Epicuro, además de citar también las penas del infierno para realzar la grandeza de la renuncia a los bienes y satisfacciones terrenales, como se sirve también en otros escritos de argumentos cristianos mezclados con otros tomados de los paganos antiguos. Lo que Erasmo y otros genios afines deseaban ver en acción eran los sentimientos nobles y la moralidad sencilla, como los producen la instrucción, el cultivo de la inteligencia, a cuyo objeto sirve el estudio tanto de la antigüedad como del cristianismo primitivo. Este espíritu deseaba Erasmo y los humanistas platonistas ver introducido y dominante en la Iglesia. Tomaban lo bueno y digno donde lo encontraban, sin cuidarse de si el cristianismo se había de hacer humanista, ó el humanismo hacerse cristiano. Erasmo hasta faltó sin titubear a la verdad cuando le pareció conveniente sacrificarla para no perjudicar a la fusión del Renacimiento con la reforma cristiana. Así fustigó por un lado al papado materializado y mundanal mientras por otro colmó al papa Leon X de adulaciones las más rateras. Ellinger ha hecho notar recientemente el efecto desmoralizador de las crisis religiosas, y dice que Maquiavelo y Tomás Moro, dos genios contemporáneos completamente diferentes, profesaban sin escrúpulo, aquel en el libro «del Príncipe» y éste en la «Utopía», el principio de que «el fin justifica los medios.» Erasmo procedió también con arreglo a este principio.

Cuando Erasmo llegaba al colmo de su gloria creaban sus obras Rafael, Miguel Ángel y Durero, y Copérnico trabajaba silencioso e infatigable en la revolución científica con que

sorprendió al mundo; pero se citan poco sus nombres en la literatura de su tiempo, si es que sus contemporáneos se acuerdan de ellos; todo es Erasmo, y esto se explica porque en Erasmo se había apropiado el humanismo la idea de la reforma, de la solución de la crisis religiosa; idea que tenía conmovida toda aquella sociedad. El propósito de Erasmo parecía satisfacer el mayor anhelo de los espíritus más nobles, y realizar el trabajo en que tantas generaciones habían empleado sus mejores fuerzas. En Erasmo se unían la crítica de Lorenzo Valla y la religión sentimental del platonismo italiano, los estudios de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia.

El alemán Reuchlin con sus estudios del hebreo, el francés Budaeus (Guillermo Budé) con sus estudios del griego; los teólogos españoles que publicaron los textos originales de la Sagrada Escritura, los trabajos de Colet, Lefèvre y del mismo Erasmo sobre el Nuevo Testamento y en particular de las epístolas de San Pablo, todos contribuían con sus trabajos a allanar y hacer practicable el camino en el cual, dice Erasmo, podían moverse en adelante desahogadamente los grandes teólogos venideros. Los hombres de la ciencia escolástica plegaban sus tiendas y se pronunciaban en retirada en todas partes. En los Países-Bajos acaudillaba a sus victoriosos adversarios el joven español Luis Vives; en Inglaterra tuvieron enfrente a Colet y Moro; en Francia a Budaeus y Lefèvre, y en Alemania se pusieron del lado de Erasmo todos los que se envaneían de ser humanistas. Del entusiasmo desmesurado de Muciano, que como hemos dicho más arriba, pedía que se venerara a Erasmo como un ser celestial, participaban aficionados a las letras humanistas que por lo demás estaban muy lejos de participar de las aficiones paganas. El entusiasmo rudo de sus admiradores alemanes no podía ser del gusto pacífico y elegante de Erasmo, el cual tuvo gran cuidado de alejar de sí toda sospecha de que mantuviese relaciones con los autores de las «Epístolas de los hombres oscuros», pues había empezado a tenerlas con los alemanes cabalmente cuando la lucha entre Reuchlin y los frailes dominicos estaba en su período máximo. Hasta se quejó de que Pirkheimer hubiera citado su nombre en un escrito a favor de Reuchlin. Este escrito publicado en 1517 contiene el programa de lo que debían saber los teólogos venideros, es decir: el latín, griego y hebreo, las ciencias modernas: las matemáticas, la historia y aun la jurisprudencia, y como remate la Sagrada Escritura y si era posible la filosofía de Aristóteles y muy particularmente la de Platon, porque este último era el modelo de la nueva teología tanto para Erasmo como para Reuchlin, Muciano, Pirkheimer, Colet, Moro y Vives. En este programa, que respiraba enteramente el espíritu de Erasmo, se realizaba lo que había presentado y anunciado Petrarca, el padre del humanismo, a saber: la reconciliación de la antigüedad con el cristianismo bajo la égida de Platon, el genio más cristiano de los paganos.

El triunfo fue celebrado por los humanistas alemanes de una manera tan ruidosa y grosera que ofendió a Erasmo y excitó a los adversarios a hacer un esfuerzo desesperado antes de abandonar la lucha contra los innovadores. En el «Triunfo de Reuchlin» se llama a los vencidos «teólogos, pillos, traidores y destructores de la teología divina», y se dice: «Después de una prolongada ceguera ha recobrado Alemania la vista; las artes y las ciencias se robustecen y vigorizan; los entendimientos florecen, la barbarie está desterrada y hasta el Papa se avergüenza de vuestra estupidez;» y hablando a sus compañeros de lucha les dice el autor: «La mazmorra está destruida; los dados están echados, ya no hay retirada posible. He dado la cuerda a los hombres oscurantistas; ¡nuestra es la victoria!» El autor de este escrito es Ulrich

de Hutten, que antes había ya expresado su opinión anti-romana en epigramas mordaces y que tuvo en 1517 el atrevimiento de dedicar al papa Leon X su edición de la obra de Valla sobre la no autenticidad de la donación de Constantino. En su dedicatoria enumera Hutten con incomparable ironía las acostumbradas y sabidas quejas de la codicia é hipocresía de los papas, pero al mismo tiempo dice que Leon, siendo buen Papa, nada tiene de comun con sus predecesores. Erasmo, hombre científico internacional, insensible á sentimientos nacionales, pero que conocía el carácter tosco del genio alemán, amonestó á veces bondadosamente á los humanistas mas impetuosos. El optimismo humanista estaba todavía en toda su fuerza, y en sus filas se encontraban campeones de caracteres radicalmente diferentes, como Zasius y Melanchton, Muciano y Hutten, que mirados desde fuera pertenecían igualmente á la comunidad á cuya cabeza figuraba Erasmo. En una lista de partidarios de la teología nueva y pura, que encontramos en la ya citada apología «El Triunfo de Reuchlin» por Pirkheimer, figuran entre otros muchos al lado de Reuchlin y Erasmo, Juan Staupitz, Eck, Ecolampadio, Cocleo, Murner, Lutero, Emser, Muciano y Spalatino. Pirkheimer dijo posteriormente á Erasmo por vía de justificación que había incluido en esta lista á buenos y malos, y mezclado amigos y enemigos, á fin de atraer á los indecisos y hacer á los enemigos sospechosos á los de su propio partido, y tanto acertó en esto, que nadie reclamó contra el honor de figurar en aquella lista.

Reinaba entre los humanistas algo como la alegría que inspira la aurora de un nuevo día á todos los seres, y que tan bien se avenía con la convicción de los humanistas de que el tiempo de las tinieblas había pasado y un nuevo día, una edad de oro iba á acabar con los temores del fin del mundo, anunciado como próximo con todos sus horrores apocalípticos que llenaban la imaginación de las masas. En su lugar esperaban aquellos humanistas un porvenir brillante de ciencias y artes, de humanidad, y moralidad, de nuevas grandezas del imperio y de una reforma pacífica de la Iglesia. Erasmo era el abogado mas celoso de la paz y el adversario mas decidido de la guerra, tanto entre los príncipes y las naciones como entre los individuos. Calificó toda guerra de anticristiana y hasta de bestial; con audacia varonil condenó las guerras de sucesión originadas por los casamientos entre las familias dinásticas, y se indignó de que los príncipes se disputaran la posesión de provincias y reinos como si fuesen fincas particulares suyas y no pueblos y naciones. Apenas admitía la guerra defensiva contra los turcos; pero entre cristianos por lo menos quería que antes de armarse unos contra otros por la ambición de los príncipes, por el genio belicoso de gente discolá ó por la vanidad de las enemistades nacionales, se hiciesen los mayores sacrificios para evitar la guerra.

En 1517 creyó Erasmo poder saludar el principio de una era de paz; había desaparecido el peligro del cisma; un congreso de paz estaba convocado para Cambray y se esperaba el concurso unánime de la Europa cristiana. A la cabeza de esta transformación política se hallaba el mismo Papa, bajo cuyo protectorado medraban tan espléndidamente las ciencias y las artes. Leon X, el emperador Maximiliano, el cardenal Cisneros, los reyes Enrique VIII, Francisco I y Carlos de España se unían para dar al mundo una edad de oro, y bajo sus auspicios é imitando su ejemplo se ponían de acuerdo en todas partes los hombres ilustrados. «¿Qué diría, escribió Erasmo en noviembre de 1517 al cardenal Grimani, qué diría San Jerónimo si hoy viera á Roma siendo el oráculo infalible de Cristo, á donde todos los príncipes acuden en busca de consejo? ¿Qué diría si viera que nadie se considera

cristiano completo sin haber visto á Roma y al Papa, divinidad de la tierra; si viera la Roma de Leon X siendo el custodio de la paz, de la ciencia y de la religión?»

Al escribir esto Erasmo se hallaba muy lejos de pensar que ya estaba dada la señal de la revolución dentro de la Iglesia y que el dominio universal del papado había llegado á su término irrevocable. No sospechaba la angustia que martirizaba las conciencias, el odio acumulado en largos siglos y la previsión de una catástrofe inmensa que trabajaban el ánimo de las masas. Muchos eran los humanistas alemanes que sentían con el pueblo y participaban de sus penas y glorias, pero también se hacían demasiadas ilusiones acerca del movimiento humanista. Este era puramente intelectual y por lo mismo aristocrático; Homero y Platon eran el alimento mas noble de los espíritus distinguidos y la prosa y poesía latinas un excelente medio de instrucción de un público numeroso; pero el anhelo poderoso de asegurar la salvación del alma, anhelo intranquilo que producía un exceso de actos devotos que sin embargo parecían siempre insuficientes á las conciencias agitadas, no se satisfacía ni calmaba con ninguna moral cristiano-platónica. El mismo humanismo dió prueba de ser juguete de la corriente dominante al querer conquistar y colonizar el terreno teológico; y al penetrar en este terreno, extraño y peligroso para él, había confundido la religión con la teología. Lo que de su filosofía de Cristo pudo penetrar en las masas se limitó á las polémicas acres contra el clero, á las sátiras crueles dirigidas al pueblo ignorante que soportaba y mantenía la multitud de tonsurados codiciosos que le pagaba con ceremonias insípidas.

Aquellos sabios y prudentes iniciados en las ciencias, que tan seguros estaban de que sus críticas mordaces expresadas en lenguaje literario y científico no llegarían á producir un estallido general, quedaron estupefactos cuando la tempestad estalló, justamente en el momento en que se creían triunfantes en su república de gente docta.

El pueblo alemán, de quien hasta entonces nadie había hecho caso, ha dicho Dahlmann, levantó súbitamente su voz por boca de Lutero.

CAPITULO III

MARTIN LUTERO

La reforma religiosa, considerada como suceso histórico, nació en Alemania; pero como movimiento religioso fué general y no se limitó á la raza germánica, pues sabido es, y no debe olvidarse, que en Italia, sin hablar de otros países, en medio de la liviandad y del escepticismo y á la sombra de la filosofía semi-cristiana del Renacimiento se manifestaban una indignación profunda contra la corrupción eclesiástica y una disposición muy pronunciada para escuchar con fervor sermones de penitencia. Es ciertamente arriesgado comparar unas naciones con otras respecto de su religiosidad ó moralidad, y los alemanes deben guardarse de atribuir el suceso mas grande de la historia moderna, la reforma religiosa, al fervor sentimental y al genio alemán, y por otra parte á la inmoralidad é indiferencia religiosa de las altas clases sociales de Italia; pero también es ciertísimo que la aparición y actividad de Lutero no produjeron un efecto verdaderamente eléctrico en la población, hasta en sus clases mas ínfimas, sino en Alemania, de lo cual se puede inferir que justamente en este país había llegado la tensión de los ánimos y su disposición para la reforma á su mayor grado. Tantos y tan diversos eran allí los motivos de excitación, que nobles, habitantes de ciudades, labradores, clérigos y laicos, hombres de ciencia é ignorantes, escucharon ansiosos la voz del que



AETHERNA IPSE SVAE MENTIS SIMVLACHRA LVTHERVVS
EXPRIMIT AT VLTVS CERA LVCAE OCCIDVOS
·M·D·X·X·

Retrato de Lutero. Copia de un grabado en cobre, dibujo de Lúcas Granach (año 1520).